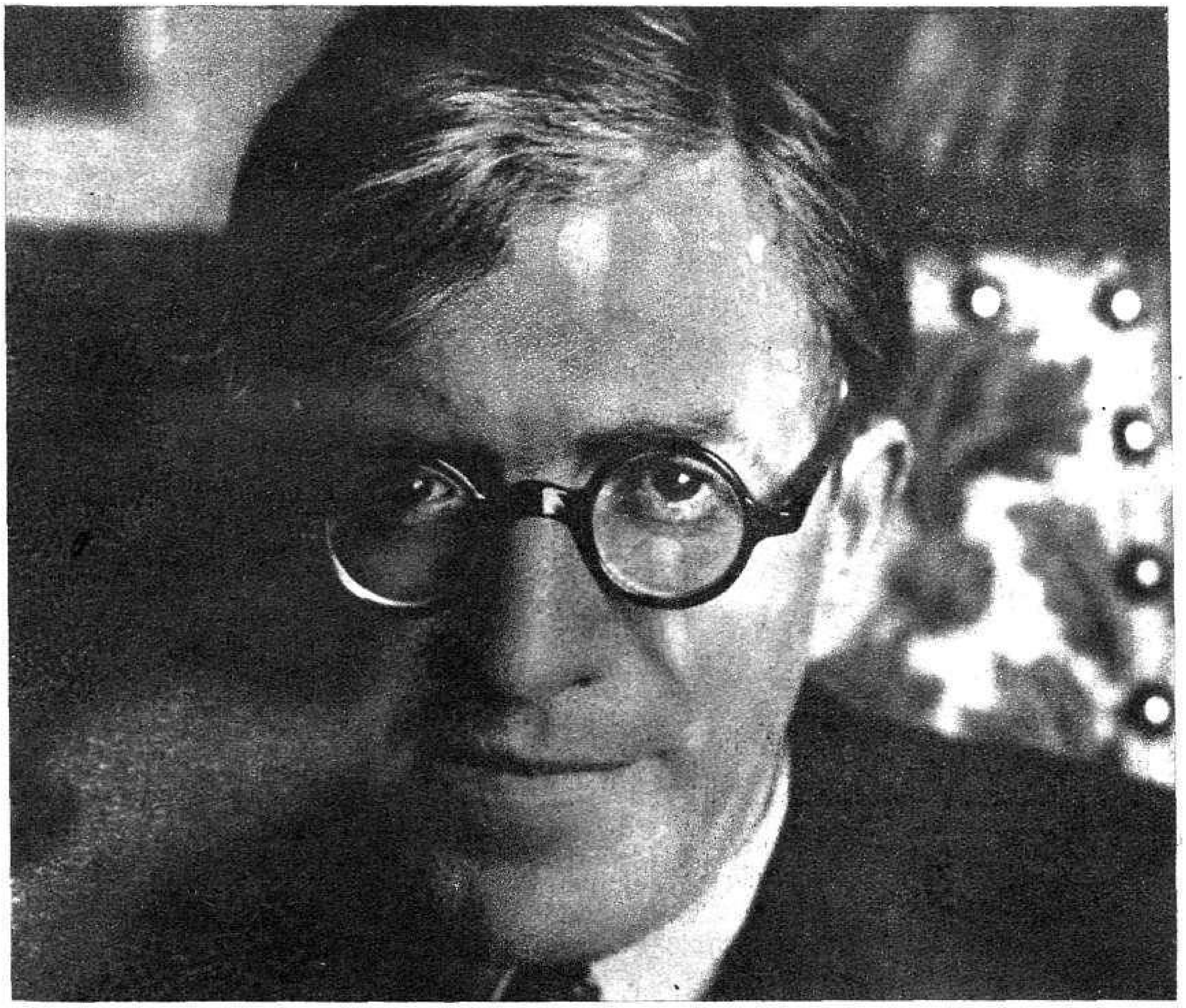
AÑO XXVIII
Número 1.385

Hermosilla, 73
Apartado 571
MADRID

40 CTS.

mundo gráfico

Miércoles, 18 de Mayo de 1938



LOS "13 PUNTOS" DE ESPAÑA

Bajo el signo de las conmemoraciones de Mayo, el Gobierno de la República ha realizado el acto politico más trascendental ocurrido desde el comienzo de nuestra lucha. Es, para conocimiento de los españoles y noticia del mundo, la declaración solemne de las aspiraciones de la España republicana. «Trece puntos» que, con esquemática, vigorosa elocuencia, definen y concretan los fines de nuestra guerra. Son el porqué y el para qué de esta titánica lucha que sostiene el pueblo español. Es la bandera de la República ondeando a todos los puntos de la rosa de los vientos, para aventar patrañas, para desvanecer los fantasmas de los «ismos» terroríficos que fueron atribuídos al pueblo español, como objetivos de su lucha, por la insidiosa propaganda enemiga.

Enjundiosa síntesis de las auténticas aspiraciones del pueblo: en primer término, asegurar la independencia absoluta y la integridad total de España, y librar sus territorios de las fuerzas militares extranjeras que los han invadido.

República popular, basada en principios de pura democracia, fundamentada en el sufragio universal. La estructuración jurídica y social de esta República será obra de la voluntad nacional, libremente expresada mediante un plebiscito sin restricciones. Respeto a las libertades regionales, sin menoscabo de la unidad española. Garantía plena al ciudadano de sus derechos en la vida civil y social, libertad de conciencia y libre ejercicio de las creencias y prácticas religiosas.

El Estado republicano garantizará la propiedad legal y legítimamente adquirida; cuidará del desarrollo de la pequeña propiedad y garantizará el patrimonio familiar.

Profunda reforma agraria que liquide la vieja aristocrática propiedad semifeudal; garantía de los drechos del trabajador y preocupación por el mejoramiento cultural, físico y moral de la raza.

El Estado español reafirma su doctrina constitucional de renuncia a la guerra como instrumento de política nacional, y su Ejército, al servicio de la Nación misma, estará libre de toda hegemonía, dependencia o partido, siendo sólo el instrumento seguro para la defensa de las libertades y la independencia del pueblo.

Y como colofón de estos postulados que definen al Estado en lo político y lo jurídico, en lo económico y en lo social, el punto décimotercero compendia, de cara a la dura realidad de la guerra, cuanto la República entraña de sentido humano, comprensivo y generoso. Dice así: «Amplia amnistía para todos los españoles que quieran cooperar a la intensa labor de reconstrucción y engrandecimiento de España. Después de una lucha cruenta como la que ensangrienta nuestra tierra, en la que han surgido las viejas virtudes de heroísmo y de idealidad de la raza, cometerá un delito de traición a los destinos de nuestra patria aquel que no reprima y ahogue toda idea de venganza y represalia en aras de una acción común de sacrificios y trabajo que en el porvenir de España estamos obligados a realizar todos sus hijos». He aquí el programa, las aspiraciones, los fines de la República.

Preciso en el tiempo y certero en la oportunidad. En el tiempo, porque aun cuando antes se sintiera la necesidad de formularlo, no podía hacerse antes de que el Gobierno que lo suscribiera tuviese, como el presente, la máxima autoridad, por sintetizar una auténtica unión nacional, la colaboración sincera de todos los partidos políticos y, sobre todo, de las dos grandes organizaciones sindicales representativas de todo el proletariado español.

Con los «trece puntos» de nuestro Gobierno, la propaganda española ha encontrado un venero magnífico. Aprovecharlo y multiplicarlo es misión de todos. Fuera de España y dentro de España, donde todavía hay muchos oídos que no quieren oir y muchas conciencias que no han podido, por ignorancia, o no han querido, por egoísmo, sentir la razón y la pasión de la guerra, que nos afecta a todos.

Anécdotas de la guerra, contadas por los soldados

La evadida

Al leer en esta página que MUNDO GRÁFICO dedica tan acertadamente a la correspondencia del combatiente el relato de una anécdota hecho por un compañero que refería la abnegación de una buena mujer del pueblo auxiliando, con riesgo de su vida, a un obrero fugitivo de la zona fascista, viene a mi memoria un hecho que, aunque distinto, pone también de manifiesto el gran espíritu con que las bravas mujeres del pueblo participan en nuestra contienda.

La colaboración activa de nuestras mujeres en la guerra es algo de un valor inmenso. No hablo sólo de los casos evidentes en que la mujer toma parte al lado del hombre en los episodios de la lucha. En los primeros tiempos hubo muchas que empuñaron el fusil y se batieron heroicamente en las calles y en las trincheras. Luego han sido millares las que en los hospitales, en los campos y en los talleres prestan servicios utilísimos a la causa del pueblo.

Pero no me refiero solamente a estas beneméritas ciudadanas. A mi juicio, no lo son menos las que en sus casas, en sus hogares, dan al combatiente el gran ejemplo moral de soportar sin queja dificultades y privaciones, y contienen sus lágrimas y no exteriorizan sus dolores, y con su ejemplo de abnegación y sacrificio alientan y estimulan la conciencia de los luchadores. Esa serenidad, ese estoicismo, esa firmeza con que nuestras mujeres afrontan la guerra, es lo más puro de nuestra retaguardia, porque coadyuva, más que nada, a sostener el valor de los combatientes. Nadie como el soldado sabe lo que vale una compañera animosa, que, lejos de desmoralizar su ánimo con llantos, quejas o protestas, lo vigoriza con el ejemplo de su serenidad ante el peligro y su valor ante las adversidades.

Y como el espacio—según recomendación cordial de MUNDO GRÁFICO—hay que escatimarlo, entro de lleno en el relato de la anécdota de que fuí testigo presencial.

Fué el año pasado, por la primavera. Estábamos guarneciendo uno de los sectores del frente, entonces en relativa calma. Una mañana, el Mando ordenó hacer una operación de reconocimiento. Una descubierta que hicimos durante varios kilómetros, y que terminó con un audaz golpe de mano sobre un cortijo, del que hicimos huir a un retén fascista, apoderándonos de un copioso botín de armas y municiones.

Terminada la operación, regresábamos a nuestras líneas, desplegados en guerrilla, con las debidas precauciones para evitar cualquier sorpresa, cuando por una de las sendas que del monte bajaban hasta la carretera vimos avanzar a una mujer. Venía sola, a pasos rápidos, casi corriendo, y no se recataba, a pesar de que la falda del monte estaba batida por los disparos sueltos que desde lejos nos hacia el enemigo, que había sido derrotado.

Aunque su presencia no significaba ningún peligro, dimos, a prudente distancia, el alto a la mujer. Se detuvo ella, y otro compañero y yo nos destacamos para interrogarla. La dirección en que venía—de la zona facciosa—nos hizo concebir sospechas. Pensamos que seria alguna fugitiva del cortijo donde dimos el golpe de mano. Y aunque ella, al saber que éramos soldados republicanos, diera muestras de gran alegría, seguimos recelando, porque ya sabíamos las añagazas de que se valen algunas espías.

Pero la mujer, lejos de pedirnos que la dejáramos libre, insistió en que la acompañáramos hasta nuestras líneas. Confesó que venía de la zona fascista y de muy lejos. Que durante meses su obsesión había sido acercarse a nuestras líneas; que había sufrido muchas calamidades por conseguirlo, y que llevaba dos días rondando por aquellos montes, oculta, esperando ocasión. Había presenciado desde lejos nuestro golpe de mano, y había corrido monte a traviesa para alcanzarnos. Su deseo tenía un objeto: era la mujer de un obrero metalúrgico que trabajaba en Linares, en las minas. La sublevación la había sorprendido de temporada en casa de unos parientes, en un pueblecito de Sevilla, y desde entonces sólo anhelaba poder reunirse con su compañero.

La nervosidad, acaso la excesiva palabrería de la mujer, nos hacia recelar, y decidimos llevarla con nosotros. La evadida podía convertirse en prisionera. A mí, lo confieso ahora sin rubor, aquello del marido obrero, sin saber por qué, me parecía una fábula.

Y pensando así, llegamos a nuestras líneas. Mientras más nos acercábamos, la evadida, pasada su primera excitación, aparecía aplanada y silenciosa, aumentando así nuestras sospechas.

Llegamos al primer puesto de mando. ¡Y cuál sería nuestra sorpresa cuando al presentar a la evadida a nuestro capitán, éste, prorrumpiendo en un grito de júbilo, se precipita sobre ella y la abraza y la besa con efusión entrañable!

Lo que creímos fábula era realidad. Una realidad que parecía azar fantástico, episodio de novela, cosa increíble. Como la sorpresa de la valiente mujer, que no salía de su asombro al ver a su compañero, ¡al modesto trabajador de las minas, convertido en capitán!—ALFONSO SOTO MENJÍBAR.

La entrega de una nueva bandera

He aquí dos momentos del acto de entrega de una nueva bandera, costeada y ofrecida por las Juventudes Socialistas de Vicálvaro, a una unidad de Artillería del Ejército del Centro (Fots. Video)

LA LABOR DE LA JUNTA DE PROTECCION DEL TESORO ARTISTICO

Aquel sillón del cardenal que fué amigo y protector de Cervantes

El "lucernario" que alumbró a los hombres de la España romana

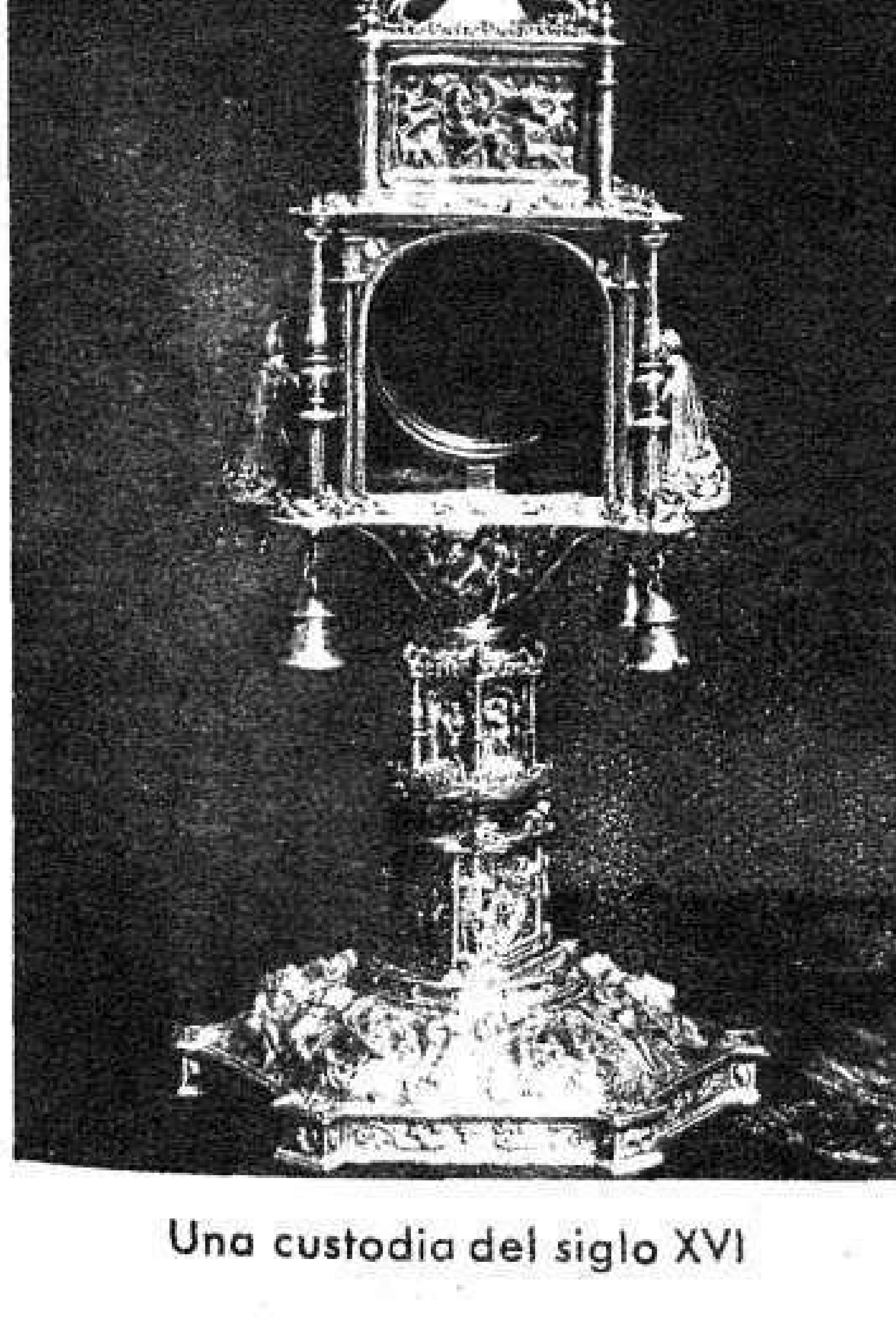
En unò de nuestros últimos números recogíamos un aspecto de la labor que viene realizando la Junta de Protección del Tesoro Artístico: la recogida de cuadros notables, dispersos por sitios distintos, y a los que se pone a cubierto de los riesgos de la guerra. En este sentido, naturalmente, la tarea de más urgencia, más inaplazable, es esa de alejar del peligro las obras de arte. Por, eso, la catalogación se hace someramente, dejando para tiempos mejores el estudio definitivo. Lo interesante, hoy, es guardar, proteger. El examen minucioso, concienzudo, vendrá más tarde.

En aquella primera información mencionábamos el hallazgo, entre otros cuadros interesantes, de algunos *Grecos*. En estas notas de hoy queremos recoger el hallazgo de algunos otros objetos de arte, también de gran interés para el cabal conocimiento de la historia y la evolución de todas nuestras manifestaciones estéticas.

Una custodia del Renacimiento español

En orfebrería, por ejemplo, se ha logrado reunir un gran número de piezas, especialmente objetos de culto, como cálices y custodias. Algún ejemplar gótico, bastantes muestras de este arte fundido con el Renacimiento del siglo XVI e infinitas de finales de este siglo y del tiempo barroco. De cruces procesionales del XVI al XVII, aún con tradición gótica en sus líneas, se guardan excelentes obras.

Entre esos objetos de arte religioso figura una custodia del primer Renacimiento, de gran calidad y digna de atribuirse a Becerril o a Antonio de Arfe. La



Una custodia del siglo XVI

Un «lucernario» romano de bronce del siglo I

finura de sus relieves y la perfección de todos sus detalles revelan a un cincel de primera categoría. Tiene una gran novedad dentro de su tipo: aparecen arrodillados a ambos lados del viril las figuras del matrimonio donante. Falta el remate, y bajo el fanal prenden las típicas campanillas que van siempre unidas a estas obras españolas. En esta custodia hay aún visibles reminiscencias góticas; pero en la forma es de una perfecta traza renaciente.

Viejas alhajas de los siglos de oro

En cuanto a antiguas alhajas femeniles, tan raras de encontrar en España, surgen ahora, entre los camarines y ropas de las imágenes, por haber sido costumbre regalárselas a éstas, broches, pinjantes, sortijas y otros adornos de los siglos XVI y XVII. Se han recogido muchas y muy interesantes joyas. Entre ellas, por ejemplo, un *alfiler* italiano del Renacimiento, que representa una sirena, con esmaltes y una gruesa perla; un broche adornado de perlas, al parecer del XVI, semejante a los que aparecen en los retratos de ese tiempo; otro, del siguiente siglo, recargado de pedrería, y en el que se refleja ya el churrigueresco naciente; y, finalmente, un colgante de oro y diamantes, del mismo tiempo, representando un águila.

Aquel sillón del cardenal que fué amigo y protector de Miguel de Cervantes

Se ha recogido, igualmente, una gran cantidad de muebles de positivo mérito artístico. Figura entre ellos el sillón del cardenal don Bernardo de Sandoval y Rojas, el protector de Miguel de Cervantes. Es un interesante mueble de finales del siglo XVI, que se custodiaba en la clausura del convento de las Bernardas, fundación del cardenal en Alcalá de Henares.

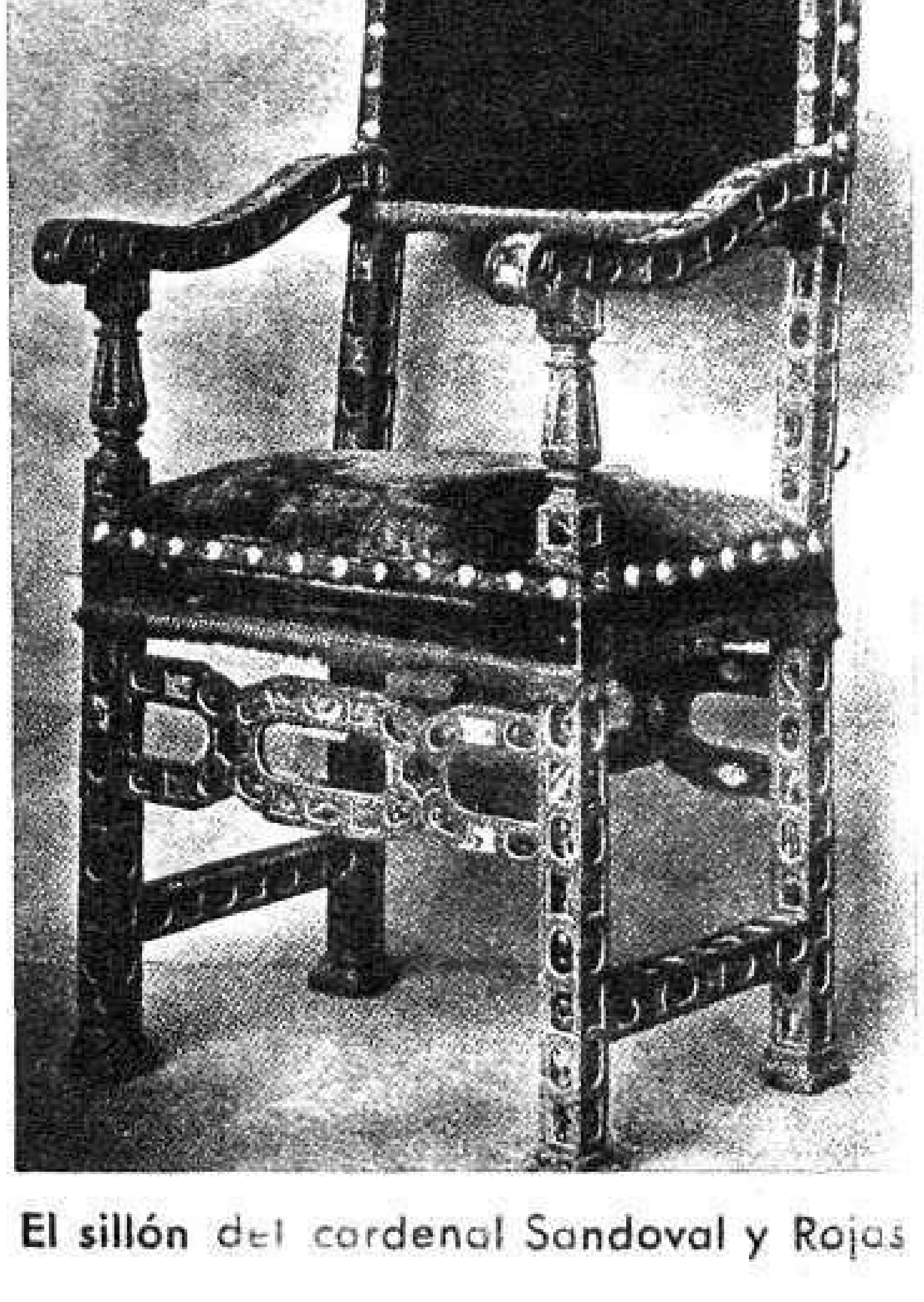
Aparte de su valor histórico, el sillón del cardenal que fué amigo de Cervantes muestra un lujo extraordinario en la serie de medallones que decoran las líneas de sus patas, su respaldo y sus brazos. Esta riqueza decorativa contrasta con la severidad y la sequedad del conjunto del mueble.

Un «lucernario» del siglo I

Y, finalmente, vamos a mencionar el objeto más venerable por su antigüedad y su importancia. Se trata de un *lucernario* romano, en bronce, obra, al parecer, del siglo I.

Tiene alto vástago sobre trípode, taza con decoración de hojas de hiedra, una cabeza de toro entre las dos luces de que consta, y otra de caballo en el asidor, ambas de modelado fino y rotundo. Fué recogido por los soldados de un batallón motorizado, en un santuario próximo a Madrid. Y surge una sensación honda de la contemplación de este viejo *lucernario* que alumbró las horas de los hombres de la España romana.

La guerra sigue. Cantan trágicamente cañones y ametralladoras. Pero esta labor meritoria de los que cuidan de nuestros tesoros de arte habla de lo que es emoción y verdad eternas. El Arte, vencedor del olvido y de los hombres, de la moda y del tiempo, alza desde la sombra de los días remotos su realidad inmutable y gloriosa.



El sillón del cardenal Sandoval y Rojas

En Mayo, y en Córdoba

"PACHECO"

«Diana», uno de los cuadros en que Romero de Torres pintó a «Pacheco»

El perro que Romero de Torres llevó a varios de sus cuadros

Este Mayo de 1938, en los Estudios de los pintores y en los hogares de las modelos se habrá recordado, una vez más, a Julio Romero de Torres, que murió un atardecer de primavera andaluza, en la gloria de un día que parecía el cumplimiento de aquellos versos de Enrique de Mesa: «Un día así para mi muerte—, el cielo azul, caliente el sol». Se habrá recordado al pintor, al conjuro del aniversario doloroso. Pero nadie, seguramente, se habrá acordado ya de «Pacheco», del pobre «Pacheco». ¿Lo recordáis también ahora? Estaba unido entrañablemente a la vida y al ambiente del pintor. Y murió, igual que Julio Romero, en Mayo, y en Córdoba, como en obediencia a una llamada de lo misterioso. El gran aniversario doloroso se unirá siempre, en la emoción del recuerdo íntimo, en la arquilla sentimental de los que trataron a Julio Romero, con este pequeño aniversario humilde de la muerte obscura del pobre «Pacheco»

Una llamada de la tierra

TODO Madrid conocía a *Pacheco*. Había en él algo del aire de leyenda y de novelería que tenía cuanto estaba cerca de Julio Romero de Torres. Hasta después de la muerte del pintor, ese espíritu novelesco persistió en la vida del pobre can.

Empezaba Mayo. Se acercaba el día en que murió—en Córdoba—Julio Romero de Torres. La quietud se llenaba de fragancias en el jardín—estatuas, fuente, rosas—de la casona-museo del pintor. Mocitas cordobesas cuidaban amorosamente, en sus macetas floridas, los claveles para la tumba de Julio Romero. Flores a la muerte en el día del aniversario, en ese 10 de Mayo que hizo nacer una rosa negra sobre todos los jardines de Córdoba.

Al empezar Mayo, al acercarse la fecha aniversario, *Pacheco* sentía que una voz inmaterial y misteriosa le llamaba desde un pedazo de tierra, allá, en el cementerio de San Rafael. Cerca de tres años que algo se había truncado en la vida de *Pacheco*. No sentía ya sobre su fino lomo negro la caricia de una mano inolvidable. Ni sus ojos mansos recogían aquella mirada noble de unos ojos obscuros, soñolientos. *Pacheco* caminaba desasosegado por las salas y el jardín de la casa-museo.

Era el mismo, y no se sentía el mismo. Una voz misteriosa le llamaba desde lo hondo de la tierra. Un día, esa llamada fué más apremiante, y *Pacheco*, para escucharla mejor, se acostó, aguzó el oído sobre la tierra, y así quedó en ella dormido eternamente. Había empezado Mayo, y se acercaba el día en que murió Julio Romero. La voz de la razón y de la lógica dirá que *Pacheco* murió de enfermedad, de vejez. Pero lo cierto es que murió de pena.

Por qué «Pacheco» se llamaba así

Pacheco era aquel galgo fino, negro, elegante, que el pintor tenía siempre en su Estudio de Madrid. *Pacheco* era popular. Se lo habían regalado, muy chiquito, al pintor, para que le sirviese de modelo.

El Estudio de Julio Romero en Madrid era un pintoresco archivo sentimental. Cosas muy diversas—siempre con un aire de romance, con un sabor de leyenda—decoraban la enorme estancia. Una guitarra, un traje de luces, la mascarilla de *Lagartijo*. Y un retrato y un pistolón del bandido cordobés Pacheco.

El pintor decidió llamar así, *Pacheco*, a aquel galgo, que venía, con su negra y fina elegancia, a completar la vida abigarrada y pintoresca del Estudio. Y a incorporarse a los motivos pictóricos de la obra de Romero de Torres.

Porque en algunos cuadros del pintor de Córdoba—*Diana*, *Cante jondo*—quedó reproducida la línea esbelta de *Pacheco*.

Silencioso y señorial, el perro asistía en el Estudio al diario desfile de actrices, periodistas, modelitos, toreros, que formaban el coro del pintor en sus horas de trabajo. Caminaba blandamente, sorteando, con las agujas negras de sus piernas, cuadros y muebles. Se tendía junto al gran brasero dorado o sobre un diván del Estudio. Acabada la tarea ante el lienzo, la charla se hacía más viva: garbo de anécdota, entre sorbos al coñac o a la manzanilla. *Pacheco*, hierático, contemplaba silenciosamente la escena, convencido de que él era también en la vida y en la decoración del Estudio uno de los motivos principales. Sus ojos se alzaban reconocidamente hacia su amo al sentir sobre el lomo la caricia de la mano inconfundible.

Un día, *Pacheco* desapareció del Estudio. Romero de Torres, al advertirlo, sintió que, una vez más, la fatalidad se presentaba ante él para arrancarle un modelo. Era ésta una vieja historia que algunas veces se había hecho trágica.

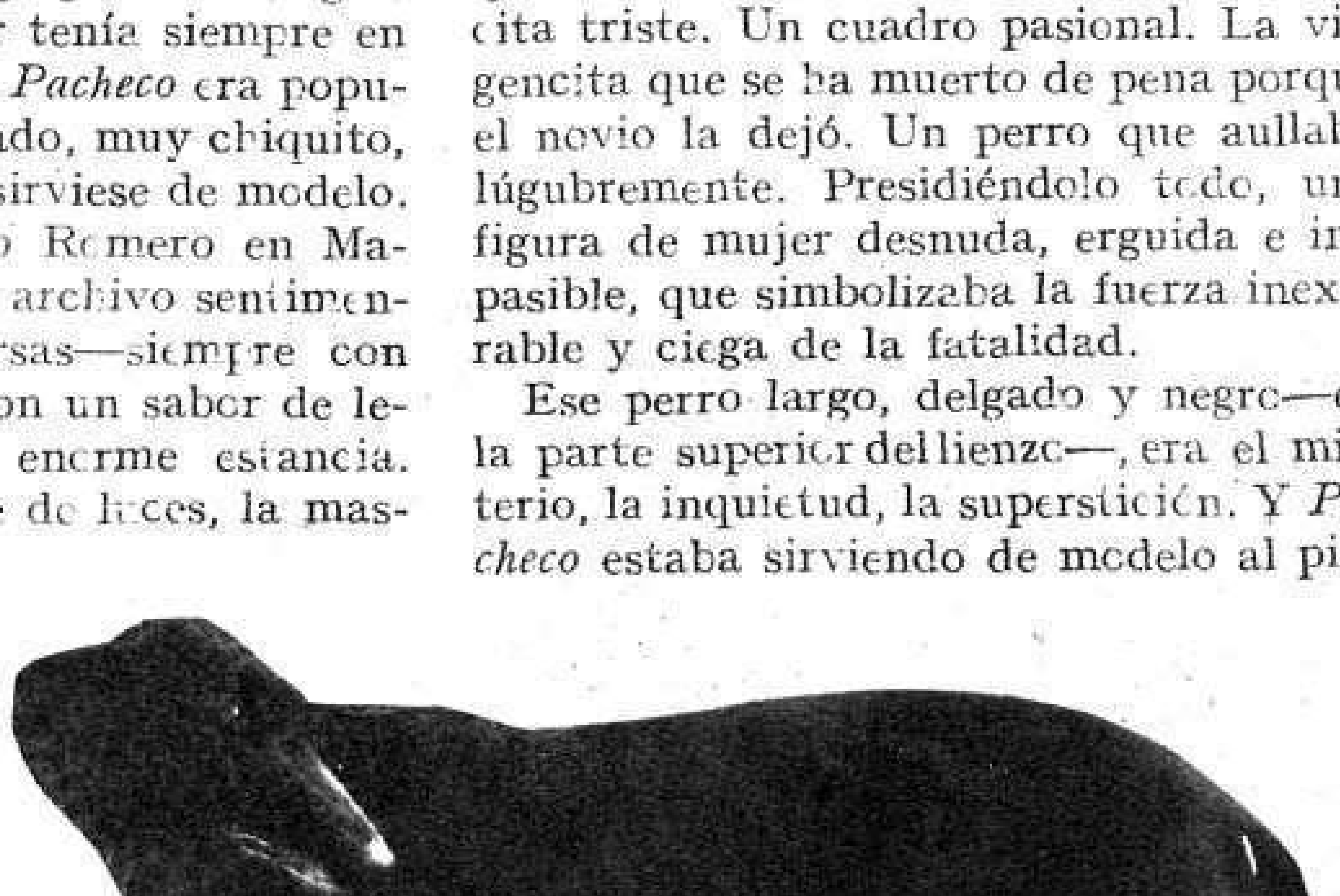
La mala suerte y los modelos

Porque en varios momentos esa fatalidad se obstinó en dificultar al pintor el hallazgo de modelos. Fué, primero, cuando pintaba *La musa gitana*. La modelo—una gitanilla muy bonita, a la que llamaban, paradójicamente, *Cara sucia*—se estaba escapando continuamente a la serranía, y Romero había de traérsela a caballo, a la fuerza, otra vez a Córdoba.

Otra vez, cuando pintaba, también en su ciudad, *Las vividoras del amor*, la modelo era una muchacha a quien llamaban *la Cartulina*. Y un hombre la mató un día de una puñalada.

El obstáculo de hallar modelo se repitió, con variantes distintas, ante otros cuadros. Años más tarde, en 1924, Julio Romero pintaba, en Madrid, su cuadro *Cante jondo*. Quería simbolizar en él el alma y los temas del cante. Dos novios que se besaban frenéticamente. Una mocita triste. Un cuadro pasional. La virgencita que se ha muerto de pena porque el novio la dejó. Un perro que aullaba lúgubremente. Presidiéndolo todo, una figura de mujer desnuda, erguida e impasible, que simbolizaba la fuerza inexorable y ciega de la fatalidad.

Ese perro largo, delgado y negro—en la parte superior del lienzo—, era el misterio, la inquietud, la superstición. Y *Pacheco* estaba sirviendo de modelo al pin-



«Pacheco», el perro de Romero de Torres

tor para ese motivo de su cuadro. Un día, el galgo se marchó del Estudio, y Romero de Torres hubo de interrumpir su labor. Como tantas otras veces, la fatalidad se había burlado de él.

Nada se supo de *Pacheco* en unos días. Hasta que, por fin, se le halló, y el pintor pudo continuar su lienzo.

Después de la muerte del pintor

Cuando murió Romero de Torres no hubo modo de alejar a *Pacheco* de la capilla ardiente. Esta fué instalada en una sala del museo. El ataúd, sobre una mesa antigua revestida de damasco. Al pie de esta mesa, la silla de tijera en que el pintor se sentaba, la paleta y los pinceles. Un cuadro, al fondo: *El Calvario*. Otros, por las paredes. Cirios y flores. Y *Pacheco* allí, inmóvil, más hierático que nunca, abrumado por la tristeza, cerca de aquel cuerpo que ya no se inclinaría sobre él con un propósito de caricia. En tres días no quiso comer *Pacheco*, ni quiso marcharse de aquella estancia.

Cuando el hijo del pintor vino a Madrid para levantar el Estudio y trasladar muebles y cuadros a Córdoba, trajo consigo a *Pacheco*. Eran los últimos días del Estudio que había sido marco de tantas horas de labor, de alegría y de entusiasmo. Desfilaba mucha gente para ver por última vez la estancia, que era como un relicario de sonrisas flamencas. Y *Pacheco* estaba allí, como tantas otras veces; pero ahora en una actitud y con un espíritu nuevos, dominado por la tristeza de no ver al amigo de toda su vida.

Un día estaba en el Estudio, con otras personas, un actor que sabía unos versos dedicados al pintor en la hora de su muerte. Alguien propuso que los recitara. La gente hizo corro en torno al actor, y éste se dispuso a comenzar.

Cerca, sobre un diván, como casi siempre, estaba *Pacheco*, indiferente, deprimido. Al ver que la gente se arracimaba alrededor del comediante, el perro abandonó su sitio, se abrió paso entre los oyentes y se colocó en primer término, ante el actor. Así estuvo, quieto, atento, hasta que el recitador acabó la poesía en recuerdo de Romero de Torres. Entonces, el perro volvió al diván y se tendió otra vez, en su misma actitud indiferente y apesadumbrada de antes.

Un día, obscuramente, silenciosamente, murió *Pacheco*. Y murió en Mayo y en Córdoba, como Julio Romero, su amigo. La voz de la razón y de la lógica dirán que murió de enfermedad, de vejez. Pero lo cierto es que murió de pena.

Conmemoraciones

Las primeras elecciones legislativas que ganó la República Española

La tradición republicana española ha venido señalando en el calendario de sus grandes acontecimientos históricos la fecha del 11 de Febrero. Es la del día en que, en 1873, quedó proclamada por las Cortes la primera República. Don Amadeo de Saboya acababa de renunciar a la Corona que la misma representación popular le ciñó. La Monarquía parecía haber agotado, con el reinado efímero y difícil de aquel caballero extranjero, todas las posibilidades de subsistencia en España. Y fueron las Cortes, con mayoría monárquica todavía, las que, rindiéndose a la realidad, cuando a la realidad se había rendido la realeza, cambiaron por el régimen republicano la forma de gobierno con la que nacieron identificadas. El 11 de Febrero ya era una República la nación española. Pero hasta tres meses más tarde, en Mayo, la República no quedaba legitimada por la voluntad popular.

Hasta las primeras elecciones legislativas de la República

Desde aquel día 11 de Febrero gobernaba ya en España con significación republicana, pero con los órganos que habían servido a la Monarquía, un Poder ejecutivo constituído por Estanislao Figueras, como presidente; Castelar, Pi y Margall, Francisco Salmerón, Manuel Becerra, José María Beranger, Echegaray y el general Fernández de Córdova. Todavía habían de continuar su existencia aquellas Cortes durante un mes más. Hasta que el Poder ejecutivo republicano vió cómo la mayoría parlamentaria monárquica—falta de resolución, a la renuncia del trono por don Amadeo, para seguir manteniendo francamente su fe y su adhesión a la Corona, para lo que no era aquella ocasión una oportunidad—alzaba en el Congreso invadeables obstáculos a toda labor legislativa del nuevo régimen, en espera de un desprestigio que favoreciera la restauración de los Borbones en la persona de aquel príncipe Alfonso que estaba educándose en Inglaterra para reinar.

Proyectos de la República secularizando los cementerios, aboliendo la esclavitud en la isla de Puerto Rico, organizando en gran escala los Cuerpos armados de voluntarios, agotan las horas de sesión del Congreso, en un forcejeo entre la oposición y el Gobierno, que terminará resultando el Gobierno vencido.

La primera República Española que triunfó en las urnas

Hasta que Pi y Margall se decide a disolver aquellas Cortes y convocar a elecciones para otras, Constituyentes, que habrían de celebrarse los días 10, 11, 12 y 13 de Mayo. En toda España comienza con impetuoso entusiasmo la propaganda electoral. Por Madrid resultan elegidos don Juan Martín de Olías, don Francisco García López, don Patricio Lozano, don Estanislao Figueras, don Diego López Santiso, don Francisco Foraste y don Diego María Quesada. El triunfo obtenido es muy superior al que pudieron esperar los dirigentes republicanos más optimistas. Y entre los nuevos diputados, en los que predominan los de filiación federal, la mayoría son gente nueva y joven, deseosa de realizar una labor rápida y avanzada que haga que el nombre de la República sea en la legislación de España algo más que un rótulo.

El día 1 de Junio se abrieron aquellas Cortes. Ante el palacio del Congreso, en cuya escalinata hallábase el Gobierno, y tras él se agolpaban los nuevos representantes del país, desfilaron durante dos horas las fuerzas del Ejército y las recién formadas unidades de voluntarios. Al otro lado de la Carrera de San Jerónimo el pueblo aclamaba a la República, a sus hombres representativos y a los soldados que ya no habrían de servir caudillajes políticos, sino los intereses supremos de la patria.

Luego, ya en el salón de sesiones, bajo la presidencia de don José María de Orense, ante el banco azul, Estanislao Figueras dió solemne lectura a la declaración ministerial.

Sólo treinta votos podían sumar en aquellas Cortes los enemigos del nuevo régimen, frente a los diputados republicanos de las diferentes tendencias que el pueblo había llevado a los escaños del Congreso.

¡La República, que hasta entonces había sido una concesión de los monárquicos, era ya la forma de gobierno legítima en España por designio de la voluntad popular!

JOSE DE LA RIVA

BLENORRAGIA

(PURGACIONES)

en todas sus manifestaciones **URETRITIS, PROSTATITIS, ORQUITIS, CISTITIS, GOTA MILITAR**, etc. en el hombre y **VULVITIS, VAGINITIS, METRITIS, CISTITIS, ANEXITIS, FLUJOS**, etc. en la mujer por crónicas y rebeldes que sean se combaten de una manera cómoda rápida y eficaz con los

CACHETS DEL Dr. SOIVRE

que depuran la sangre y los humores, comunican a la orina sus maravillosas propiedades antisépticas y microbicidas; sus admirables resultados se experimentan a las primeras tomas, la mejoría prosigue hasta al completo y perfecto restablecimiento de todo el aparato genito-urinario, curándose el paciente por sí solo sin inyecciones, lavados, aplicaciones de sondas, bujías, etc., tan peligroso siempre por las complicaciones a que exponen y nadie se entera de su enfermedad

Basta tomar una caja para convencerse de ello.

Exigid siempre los legítimos **CACHETS DEL Dr SOIVRÉ** y no admitir sustituciones interesadas de escasos o nulos resultados.

Venta a **6,60 ptas. caja** en las principales farmacias

Agentes. -- *New-York* Drug Importing C.°, 179, Adams Street Brooklyn. -- *S. José Costa Rica* J. Carreras, Bazar Paris, Avenida Central. -- *S. Juan Puerto Rico:* J. Combas Peyork, Tetuán, 73. -- *Cuba:* J. Carlos Guasch, Apartado 825 Habana

CARTELERA DE ESPECTÁCULOS DE LA SEMANA (INDUSTRIA INTERVENIDA POR EL ESTADO)

= Del lunes 16 al domingo 22 de Mayo de 1938 =

TEATROS

A las 4 y 6,30

ASCASO.—Malvaloca.
BARRAL.—Se rifa un hombre.
COMEDIA.—¡Cuidado con la Paca!
CHUECA.—Cancionera.
ESLAVA.—¡Usted es mi hombre!
ESPAÑOL.—Juan José.
FUENCARRAL.—La chula de Pontevedra.
GARCIA LORCA (antes Popular).—¡Que me la traigan!
IDEAL.—1.ª, la carne flaca y Las musas latinas; 2.ª, La del manojo de rosas.
JOAQUIN DICENTA.—¡Ole con ole!
LARA.—Un tío con tragaderas.
LOPE DE VEGA (antes Alkázar).—¡Qué más da!
MARAVILLAS.—La Niña de la Mancha.
MARTÍN.—¡Las hay... frívolas!
PARDIÑAS.—El Mesón del Pato Rojo.
PAVON.—Teatro de guerra: A la orden de la República, Mi puesto está en las trincheras, Consejo de guerra, La evasión de los flamencos (zambra gitana).
PROGRESO.—La madre (de Máximo Gorki).

TEATROS DE VARIEDADES

CALDERON.—3,45 y 6. Variedades 1938, con Ramper, Elisa de Landa, Guillén, María Arias, Jualanso, Elvira Copelia, Cepero, Lupe Rivas Cacho, Marinita, Orquesta Calderón, Mary Paz, Paquita Santacruz, Moreno, Pharry Sixters.
VARIEDADES (antes García Lorca).—4,45 y 7. Arthur, Lolita de Málaga, Castéx, Conchita y Pagán, Niña de los Peines, Pastora Imperio, Antonio Pérez, Canasteros de Triana, etc.

CINEMATÓGRAFOS

A las 5 y 7 de la tarde

ASTUR.—Aquí viene la armada. Jueves: El fantasma del castillo.
AVENIDA.—Sueños de juventud. (Segunda semana.)
BARCELO.—La casta Susana.
BENAVENTE.—Música y mujeres. Jueves: Prisionero del odio.
BILBAO.—Amor gitano.
CAPITOL.—Canción de amor.
CHAMBERI.—Hombres sin nombre. Jueves: La novia que vuelve.
DORE.—La carretera del Infierno. Jueves: ¡Hola, bombero!
DOS DE MAYO.—Rebelde. Jueves: Titanes del cielo.
ENCOMIENDA.—El águila y el halcón. Jueves: Pistas secretas.
FIGARO.—Rebelión en China. (Segunda semana.)
FLOR.—La Venus de oro. Jueves: Sombrero de copa.
GENOVA.—Su señoría se divierte. Jueves: Los dioses se divierten.
GOYA.—Rivales en Singapoore. Jueves: Joaquín Murrieta.
METROPOLITANO.—La venganza del mar. Jueves: Un perfecto caballero.
MONUMENTAL.—La hija de Drácula.
OLIMPIA.—Secretos de la Policía de París. Jueves: Hogueras en la noche.
PADILLA.—El fantasma del castillo. Jueves: Amor de gaucho.
PALACIO DE LA MUSICA.—Ruta de héroes. (Segunda semana.)
PLEYEL.—Días de sol. Jueves: Joaquín Murrieta.
PALACIO DE LA PRENSA.—La comedia de la vida.
ROYALTY.—El expreso de Shanghai. Jueves: Entre espos[illegible]
SALAMANCA.—El bailarín pirata. (Segunda semana.)
TETUAN.—Tras la máscara. Miércoles: Bozambo. Viernes: Por el mal camino.
TIVOLI.—Compás de espera.

CINES DE SESION CONTINUA

De 11 a 4,30, 5 y 7 de la tarde

ACTUALIDADES.—Semana Garcés. Los más divertidos complementos.
BELLAS ARTES.—La vida empieza. Jueves: El ángel de las tinieblas.
CALATRAVAS.—La tripulación del cielo.
CARRETAS.—Suzy.
GONG.—Bella Adelina.
MADRID-PARIS.—Amar en ayunas. (Segunda semana.)

CINES CON «FIN DE FIESTA»

DURRUTI.—La divina gloria. *Variétés*, con Anita Heredia, Maruja Vidal, Amart y Querubine, Conchita Sánchez, Niño Caracol, Paco el Lorquino.
ELCANO.—Verónica. Miércoles: El neófito. Viernes: Rebelde.
HOLLYWOOD.—El secreto de Ana María. Jueves: Cinco cunitas. Domingo: Formidable «Fin de fiesta».
PANORAMA.—Siempreviva. *Variétés*, con Carmen Becerra, Olivares (prestimano) y Los Yerard.
PROYECCIONES.—Capricho frívolo. *Variétés*, con Conchita Alonso, Adelita Saavedra, Maruja Quiroga, María Luisa Jiménez y Encarnita Iglesias.
RIALTO.—Tres meses de vida. *Variétés*, con Angelita Ramos, Pepita Támara, Angelita Hernández, Kety Solera y Carmelita Vázquez.

Mademoiselle DOCTOR

La vida y las aventuras de una espía extraordinaria

XXI

La huída

Dos detonaciones

YA no oye los disparos a su espalda. Pero sigue y sigue corriendo hasta verse fuera del bosque. Lleva colgado de su brazo izquierdo el abrigo del capitán, y en la mano derecha, el revólver. Se detiene ante una carretera. Apenas ha pasado media hora. ¿Cuántos kilómetros ha recorrido durante aquella huída frenética a través del bosque y de los caminos? Está rendida, pero no tiene minutos que perder.

Consigue orientarse por los disparos de cañón que llegan desde enfrente, desde la línea alemana. Pasa por un terreno despejado, sobre el que se ven las huellas de las granadas. Entra en un nuevo bosque. Después sube ágilmente por algunas colinas. Avanza con cautela, escondiéndose entre los repechos del terreno, aprovechando cuanto pueda favorecerla, agachándose e incorporándose constantemente.

Ve, de pronto, en una de aquellas colinas, que una pareja de soldados franceses viene de vigilancia. Se oculta detrás de un árbol. Siente que los pasos van acercándose cada vez más. Los soldados pasan cerca, sin descubrir a la mujer. Cuando ya se han alejado unos cuantos metros, Ana María sale de detrás del árbol y apunta con su revólver. Suenan, casi seguidas, dos detonaciones. Los dos soldados caen, y la mujer se acerca presurosamente a ellos, se inclina sobre uno de los cadáveres y recoge algo de él.

A través de la noche

Después sigue. Va vestida de soldado francés, con unos zapatones que suenan fuertemente sobre la tierra, y un gran gorro de campaña, que le cubre parte del rostro. Se envuelve en un capote de oficial, con las insignias arranca[illegible].

Anda y anda sobre colinas del Marne. Trata de acercarse a las líneas alemanas. Le guían los estampidos de la artillería, que cada vez se escuchan más próximos. Ha muerto el día ya, y una sombra espesa cubre toda esta zona de guerra.

Lleva Ana María el alma y el oído en tensión. Al menor ruido se detiene. Traídas por el gran silencio de la noche, oye de vez en cuando las voces de los soldados y los oficiales franceses. Se detiene entonces, anhelante el corazón. Posiblemente, aquellos hombres van buscándola a ella...

Desde las líneas alemanas lanzan cohetes y bengalas que iluminan la noche. Ello le sirve para orientarse, para ver y salvar los obstáculos que todavía se le oponen. Ha de esquivar emplazamientos de baterías, trincheras, puestos de avanzada. A través de todos los obstáculos, a través de la noche, con paso cauteloso y seguro, con ánimo decidido y firme, Ana María avanza hacia las líneas de sus compatriotas.

La sorpresa

Empieza a amanecer. Un oficial alemán de artillería, al frente de una patrulla, ha salido a recorrer las trincheras de la infantería. Oye, de pronto, unos pasos. Monta el revólver inmediatamente, y sus soldados se preparan también.

Se parapetan tras unos montones de madera. Ven desde allí a un soldado francés que camina con precaución.

El oficial le grita y apunta con su pistola, dispuesto a hacer fuego si el enemigo no atiende sus órdenes.

—¡Alto!... ¡Manos arriba!...

El soldado se detiene instantáneamente y alza los brazos.

El oficial mira a uno y otro lado del terreno, para prevenir cualquier emboscada. Nadie más hay por allí. De un salto se acerca al soldado francés, diciéndole:

—¡Dese preso!

Al mismo tiempo le amenaza con el revólver.

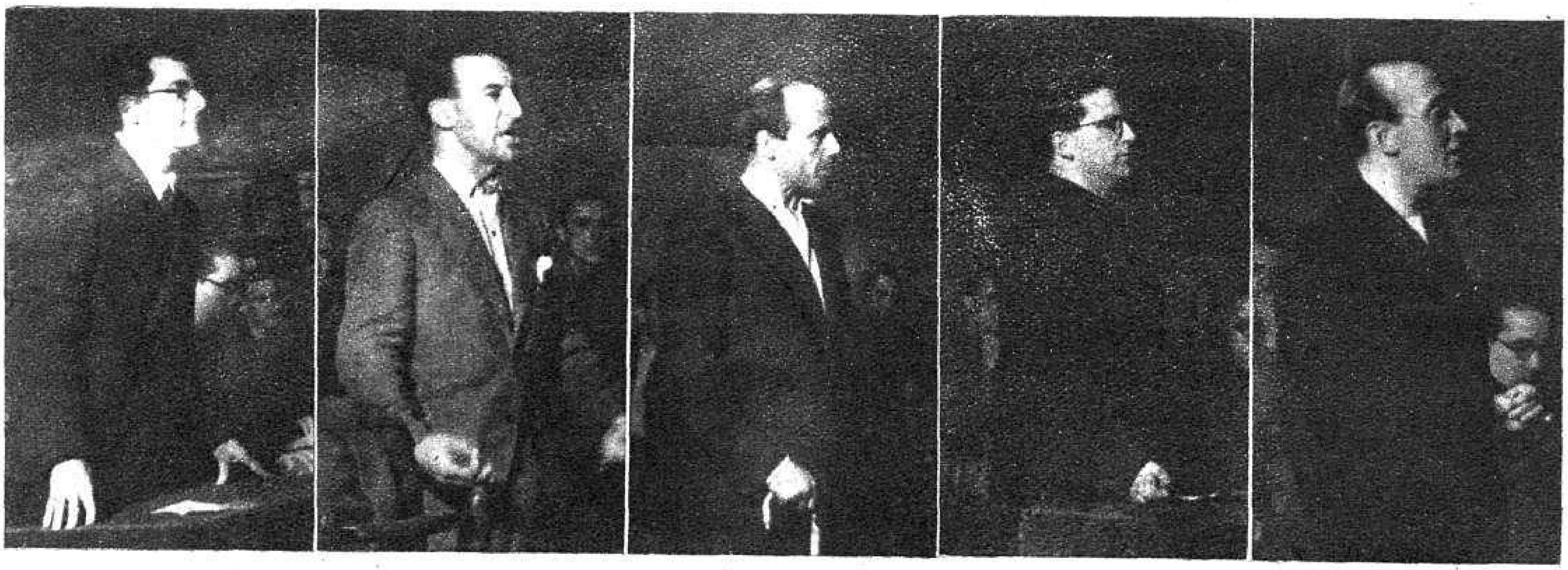
El soldado mira tranquilamente al oficial. Con uno de los brazos que tiene en alto se quita el gorro, que le cubre parte de la frente. Un rostro de mujer ha aparecido ante el estupefacto oficial. La mujer habla en un alemán correctísimo, auténtico.

—¡Por fin!... Creí que no iba a llegar nunca...

El oficial no sale de su asombro. Apenas acierta a balbucir algunas palabras.

—¡Vamos!...—dice la mujer vestida de soldado francés—. ¡No se quede usted así!... Lléveme en seguida al Cuartel General del Estado Mayor... Soy una espía alemana, y tengo que comunicar noticias de una gran urgencia...

En el próximo número:
XXII.—El último servicio



Los oradores del mitin de periodistas celebrado la semana anterior en el Teatro Lope de Vega, de Madrid. De izquierda a derecha: Aselo Plaza, José García Pradas, Javier Bueno, Eduardo de Guzmán y Miguel San Andrés, que dijeron hondas y vibrantes palabras en torno al sentido y la misión de la Prensa en la hora actual. El público subrayó constantemente con el fervor de sus aplausos las frases de los oradores (Fots. Videa)

MADRID Y SU PRENSA

Un acto de confraternidad periodística

RARA vez no se enconan las heridas que hace la pluma. Sobre todo, si sus puntos se impregnaron en substancia política. Luchan los hombres con el verbo y con las armas, y es posible la reconciliación rápida y sincera; acaso la voz vuela y la sangre hermana. Pero lo escrito queda, y las erosiones de la pluma, quizá porque tanto como al sentimiento atañen a la vanidad, son más difíciles de curar. He aquí la razón por la que hay que señalar, como una efemérides rara y feliz, la del acto en que, por primera vez, unidos y acordes, han hablado al pueblo los periodistas madrileños.

Fué una expresión de alianza, de conjunción profesional, por primera vez lograda. Y el mayor acierto, el de presentarse al público, desdeñando arcaicos prejuicios, como lo que en realidad, y pese a pueriles pruritos de seudosuperioridad, como lo que en realidad son y han sido siempre los periodistas: trabajadores, auténticos obreros, quizá más desvalidos de derechos y peor tratados económicamente que otros muchos.

Porque si por tradición—y salvo raras excepciones—ha habido en el ambiente de nuestrasciudades quien pudiera, en verdad, ser equiparado al paria campesino, ha sido el periodista. El labriego ignorante y sin protección se veía obligado a rendir, además de su esfuerzo al amo, el voto al cacique. Y el periodista, sobre alquilar su inteligencia, tenía, al par, que vender su conciencia. O, por lo menos, sojuzgarla. O, en último término, hacerlaindi[illegible] para que no choc[illegible] —y en el choque perdiese el pan—con las ideas o los intereses de la Empresa o los directores políticos del periódico. Así—salvo contados casos de autoridad independiente—, el periodista había de opinar como el editor, empresario o dirigente de su periódico. O, en el mejor de los casos, no opinar, limitándose a hacer de su profesión—civil, libre y liberal—un oficio sumiso y rutinario.

La guerra ha acabado con esa servidumbre del periodista, porque la disciplina a un partido o a una organización sindical, libremente elegida, no tiene nada que ver con aquel sometimiento a un interés que no se comparte y a un despotismo que repugna.

Y era precisamente la falta de esa disciplina política, de esa solidaridad de clase, lo que había estorbado siempre el que los periodistas apareciesen hermanados, unidos.

Los periodistas madrileños, comprendidos en la gran alianza sindical, se han presentado juntos y acordes ante el pueblo. Acaso nadie con mejores títulos que ellos al homenaje que con sus aplausos entusiastas les rindió el público que asistió al acto. Porque cuando se historie la magnífica gesta del Madrid de hoy, entre sus actores más abnegados, más representativos, habrá que citar a los periodistas madrileños.

El pueblo, mejor que nadie, sabe cuánto debe a sus periódicos. El pueblo, que en 18 de Julio bebió en ellos la consigna gallarda, el licor ardiente, alentador a la lucha; el pueblo, que vió tantas cosas hundirse y tantos falsos valores desdecirse o desaparecer, en los momentos de trágico peligro, encontró siempre sus periódicos. Ellos no fallaron, ni se escondieron, ni traicionaron. En los días más angustiosos, en las noches más terribles, cuando todo parecía hundirse o claudicar, el pueblo encontró siempre para su mano la hoja leve, ondeante como una bandera, fuerte como una espada, limpia como la lealtad, sonora como un canto de esperanza: el periódico, que no le faltó nunca, que no desmayó nunca, que reavivó fervores y estimuló corajes, y puso siempre ante los ojos, turbios de inquietud, la promesa brillante de un porvenir triunfal.

Ahora que los periodistas, fundidos con sus hermanos los hombres que trabajan, han podido presentarse, unidos y acordes, dignos del pueblo, es la hora también de que el pueblo recuerde y pondere en todo su valor el abnegado servicio, la colaboración tenaz, inalterable y fecunda, que los periodistas madrileños han aportado a la causa del pueblo.

Un aspecto parcial de la sala del Teatro Lope de Vega durante el mitin, que fué presidido por los compañeros Aselo Plaza, por el Sindicato de Periodistas de la C. N. T.; Robledano, por la Agrupación Profesional de la U. G. T.; Navarro Ballesteros, director de «Mundo Obrero», y Cabezas, director de «El Socialista

TALLERES DE PRENSA GRÁFICA, S. A., Hermosilla, 73. MADRID. (Printed in Spain)